

seos lo recusáis, y no me creéis, y ya empezáis a rechazar mi doctrina.

Y eso, prosiguió, que no os he dicho aún más que cosas fáciles, pertenecientes a la generación espiritual de los hombres, terrenas, y no os he hablado de otras cosas de que tengo que hablaros, mucho más divinas, recónditas y sublimes, como de la generación eterna y celestial del Verbo: «Si os digo cosas terrenas y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os digo cosas celestiales?» Y sin embargo me debéis creer. Porque «ninguno ha subido al cielo, sino el que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo». El cual ha venido a la tierra para la salvación del mundo. Porque «como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado en alto el Hijo del Hombre, para que todos los que crean en él, no perezcan, sino tengan la vida eterna. Porque tanto ha amado Dios al mundo, que le ha dado a su Hijo Unigénito, para que todos los que crean en él, no perezcan, sino tengan la vida eterna. Porque no ha enviado Dios al mundo a su Hijo, para condenar al mundo, sino para que por él se salve el mundo. El que crea en él no será condenado, pero el que no crea ya está juzgado, porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. Y el juicio es este: que la luz ha venido al mundo, y los hombres han amado más las tinieblas que la luz; y es que eran malas sus obras. Porque quien obra mal aborrece la luz, y no acude a la luz, para que no sean examinadas sus obras. Pero el que obra la verdad acude a la luz, para que sean manifestadas sus obras, como hechas según Dios».

Grandes verdades le dijo Jesús. Si Nicodemos buscaba la luz, el Mesías se la daba bien abundante y a raudales. Todos los futuros misterios de la Redención, su divinidad eterna, su encarnación, su pasión y muerte, su redención, la providencia del Padre, la prodigiosa conversión del mundo, la fundación de la Iglesia sobre la fe... todo se lo indicó ya desde entonces, para que lo supiese como sabio, y como doctor lo predicase él a su vez a aquellos fariseos a quienes pertenecía, y de quienes había venido.

El vino de noche, pero Jesús encendió ante sus ojos la luz vivísima de la fe. Y conminándole con su autoridad celeste le advirtió de la obligación en que estaba, so pena de

su condenación, de creerle, y de buscar la luz verdadera, y recibir su doctrina, como de quien por ser Mesías, por ser Hijo de Dios, por venir a enseñar y salvar al mundo, no podía ser desoído sin grave desacato y apostasía.

Se despidió Nicodemos, y tal vez, pasada ya la noche, a sus ojos corporales amanecía cuando salió de la casa de Jerusalén. Había también amanecido a los ojos de su alma la fe en Cristo? No lo sabemos. Se puede creer que sí, que Nicodemos creyó todo cuanto le dijo Jesús, o que empezó a creer y se confirmó más adelante. Y si bien no se manifestó por discípulo del Galileo, más que por menoscreerle fué por miedo a sus compañeros, que desde el principio y cada vez más declararon la guerra al Mesías.

Pero si no se declaró en vida de Jesús decidido partidario suyo, al menos tampoco participó de la saña de sus compañeros de Fariseísmo y de Sanedrín; lejos de eso, se les opuso en ocasiones como veremos, y muerto Jesús tuvo la audacia de pedir su cuerpo para dar honrosa sepultura al que sus compañeros habían condenado a muerte.

57. EVANGELIZA LOS CAMPOS DE JUDEA

(J. 3, 22-36)

Pasó la Pascua. Jesucristo, luz de Israel, había lanzado torrentes de resplandores para los que tuviesen vista, en Jerusalén, en medio de su pueblo, en el centro de la civilización judía, en la capital de Israel, ante los doctores y sabios reunidos en la época de mayor aglomeración de pueblos y doctores. El fruto fué muy pequeño. Los que comenzaron a creer en él tenían su fe tan débil que «Jesucristo no se confiaba a ellos, porque sabía lo que hay en el corazón del hombre».

Con toda verdad se podía decir entonces, que «vino a los suyos y los suyos no le conocieron». ¡Y habrá que decir tantas veces lo mismo en esta historia!

Por esto tal vez, y por ver que la gente del campo estaba mejor dispuesta, como suele acontecer, y por deseo de ir anunciando el Evangelio por todas partes, salió de Jerusalén, y con sus discípulos fuere por la tierra de Judea, es

decir, por los pueblos, aldeas y campos de la provincia de Judea, alrededor de Jerusalén.

No dice el Evangelio si ya en Jerusalén bautizaba Jesucristo. Posible es, y aun muy probable parece, que ya allí hubiese empezado a bautizar, pues a Nicodemus le habló de la necesidad de su bautismo y de la regeneración y renacimiento por medio de él. Por lo menos cuando salió de Jerusalén al campo y a las aldeas bautizaba, o mejor dicho, como lo nota San Juan, no bautizaba él, sino bautizaban en su nombre los discípulos. En lo cual daba a entender que tenía autoridad para comunicar a sus discípulos, lo que Juan solo para sí había recibido, y que lo mismo valdrían sus sacramentos administrados por sus ministros.

Aquel de quien había dicho el Bautista, que bautizaría en agua y en Espíritu Santo empezaba ya a regenerar su pueblo futuro y a formar su Iglesia. Opinan algunos, y es muy verosímil que Jesucristo bautizó a sus apóstoles, y que luego les dejó a ellos el encargo de bautizar a los demás.

Mas ocurrió que «también San Juan estaba bautizando en Enón, cerca de Salim, porque había allí muchas aguas, y venían allá y se bautizaban». Y aunque no están conformes los autores acerca del sitio que corresponde a este Enón, de tantas fuentes, adonde por estar muy mermado el Jordán y difícil para los bautismos, se había retirado Juan Bautista, pero parece que debía ser sitio no lejano de donde estaba Jesús con sus discípulos.

Un judío, pues, de los que con los discípulos de Jesús se habían bautizado tropezó con los discípulos de Juan que empezaron a cuestionarle sobre purificación, y sobre la eficacia de cada uno de los bautismos, del de su Maestro Juan y del de Jesús. Y llevaban muy a mal los discípulos del Bautista, que un bautizado por su Maestro, como era Jesús, se pusiese a su vez con sus discípulos a bautizar a otros, y enardecidos por la disputa con el judío y demasiado celosos, vinieron a Juan y le dijeron:

«Maestro, aquel que estaba contigo al otro lado del Jordán, a quien diste testimonio, mira, ahora bautiza y todos se van a él».

Respondió Juan y les dijo:

«—Nadie puede recibir nada si no se le da del cielo.

Vosotros mismos estáis dándome testimonio de que yo dije: No soy yo el Cristo, sino que he sido enviado delante de él».

Era lo mismo que decirles: Vosotros venís pretendiendo que yo le impida bautizar. Eso no puede ser, porque el cielo no me ha dado a mí tal poder, y si el cielo no me ha dado tal poder, no lo tengo. Vosotros mismos me acabáis de recordar cómo yo dí a Jesús mi testimonio, y os dije que no era yo el Mesías, y por tanto que no tengo poder para lo que ahora pretendéis, sino que soy solo su Precursor, y solo puedo bautizar con agua; por tanto él es el que tiene mucho más poder que yo, y puede bautizar, como os dije, en agua y en Espíritu Santo, con mucho mayor autoridad que yo.

Y añadió hermosamente:

«—El esposo es el que tiene la Esposa. Pero el amigo del esposo, que está a su lado y oye su voz, se alegra con la voz del esposo: esta mi alegría se ha cumplido. Es preciso que él crezca y que yo mengüe».

Era muy común en las relaciones que tenían los jóvenes israelitas antes de casarse tener un amigo el esposo, que le sirviese de intermediario, al cual tocaba hacer la presentación del esposo y ser como el padrino que estuviese a su lado en la boda. Pues bien; el Verbo bajó del cielo, según el amable pensamiento del Bautista (que también lo era del mismo Jesucristo, como veremos) a desposarse con la nación judía; y dice San Juan:—Él es el Esposo, cuya es pues la Esposa, y él solo manda en ella. Yo no soy sino su amigo, su padrino, su paraninfo, a mí no me toca sino acompañarle, prepararle el camino, presentarle, y gozarme cuando veo la boda y oigo su voz. La veo, le oigo; mi misión simpática, mi gozo, mi alegría está con esto cumplida. Ya a mí me toca retirarme y a él quedarse y mandar, a mí abajarme y a él realizarse.

Y trasportado sin duda al recordar cuánto debía realizarse el que tan alto era por su naturaleza divina y por su misión altísima, añadió:

«—El que viene de lo alto (*como Jesús*) está sobre todos. El que es de la tierra (*como yo*) de la tierra es, y habla como de la tierra. El que ha venido del cielo (*como Jesu-*

cristo) atestigua lo que ha visto y oído; y nadie recibe su testimonio... El que recibe su testimonio afirma que Dios es verdadero. Porque aquel a quien Dios ha enviado refiere las palabras de Dios. Porque no le da Dios el espíritu con limitación: ama el Padre al Hijo y le ha dado todo a sus manos. El que crea en el Hijo tiene vida eterna, el que descrea al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios estará sobre él».

Tal fué la despedida por decirlo así de su vida pública de aquel fidelísimo Precursor de Cristo. Poco más o menos su pensamiento era este:—Ya yo estoy de más. Viene mi ocaso y el Sol de Justicia se levanta hasta su perpetuo meridiano. No a mí, que no sé sino lo poco que puede saber un hombre, y no he visto nada en el cielo, sino al Verbo e Hijo del Padre que vió todo en el cielo; no a mí que he recibido mis dones con medida de la que no puedo traspasar, sino a Jesús que ha recibido sin límite los dones del cielo y del Espíritu Santo; no a mí Precursor del Cristo, sino a él, Cristo y Mesías verdadero, es a quien vosotros mis discípulos y todos debéis ir y sujetaros. Ay! qué pocos van! Ay de los que no vayan! ay de los que no le crean!

A los pocos días el que así hablaba era encarcelado. Lo cual sucedió de esta manera.

58. PRISIÓN DE JUAN BAUTISTA

(L. 3, 19-20; Mc. 6, 17-18; Mt. 14, 3-4)

Tuvo Herodes el Grande, el verdugo de los Inocentes, muchas mujeres y varios hijos, y conviene que para mayor luz de la historia los digamos aquí en un momento.

De su primera mujer, Doris, tuvo a Antípatro mandado matar por su padre.

De la segunda, Mariamne, tuvo a Aristóbulo y Aristarco muertos también por su padre, pero el primero dejó un hijo, que fué Herodes Agripa, y una hija que fué Herodías.

De la tercera, también llamada Mariamne, tuvo a Filippo, llamado Herodes Filippo más comunmente, el cual casó con su sobrina Herodías y tuvo de ella una hija, Salomé.

De la cuarta, Maltacia, tuvo a Arquelao nombrado etnar-

ca de Judea, y a Antipas o Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, que casó con Aretas hija del Rey de los Arabes.

En fin, de la quinta, Cleopatra, tuvo a Filippo tetrarca de Iturea.

Pues bien, el tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, al ir a Roma se hospedó en casa de su hermanastro Herodes Filippo, el cual vivía allí, en el regalo pero sin dignidad ninguna, con su esposa Herodías, mujer ambiciosa que no se resignaba a vivir en aquella oscuridad. Prendóse de ella su cuñado Herodes Antipas y la invitó a vivir con él y seguirle a Tiberiades, abandonando a su legítimo marido Herodes Filippo, dándole palabra de arrojar él también y repudiar a su legítima esposa Aretas. Halagó la idea a la mala y ambiciosa hembra, y con su hija Salomé huyó de Roma y siguió al traidor e infiel cuñado a Galilea. Antes de llegar ella ya Aretas había huído a casa de su Padre quien para vengar la injuria de su hija declaró la guerra a Antipas. La intervención de Vitelio legado de Siria puso la paz. Pero con horrible escándalo de todo el pueblo quedó el adúltero viviendo con la pérfida mujer.

No lo pudo tolerar Juan Bautista, y avistándose, no nos dice el Evangelio dónde, con Herodes, le dijo terminantemente:

«—No te es lícito tener esa mujer. No te es lícito tener la mujer de tu hermano».

Grave era el compromiso para Herodes, dada la autoridad que tenía el Bautista en Israel. Veía que con sola su autoridad, si él quisiese, podía provocar una rebelión del pueblo irritado por tan grave trasgresión de la ley. Trató, pues, de cohibir aquellas censuras y le pareció el mejor medio encarcelar al Profeta, a pesar de que lo estimaba.

El Evangelio dice que Juan *fué entregado*, y es muy de creer que los que le entregaron fuesen los fariseos y saduceos, que estaban muy ofendidos y enemistados tanto contra Juan como contra Jesús. Y de seguro que, si no es por traición entregado, no hubiera sido cogido fácilmente de entre el pueblo un hombre tan popular y venerado.

«Herodes, pues, añadió a las muchas maldades que había hecho, ésta, encarceló al Bautista, y atado, según dice San Mateo, lo llevó a la cárcel» de Maqueronte, en los

bajos del magnífico y fortísimo castillo que al Nordeste del Mar Muerto, se levantaba aislado en una elevada y casi inaccesible roca.

Allí esperó tranquilo el martirio que le preparaba Herodías, la víbora que allá le había conducido, la cual desde los lujosos salones superiores en que vivía vida carnal con su amante, acechaba a su víctima, y no había de recoger su veneno hasta que viese muerto a su santo acusador.

Juan (ya lo había él mismo dicho) decrecía, desaparecía. Sus discípulos podían irse con Cristo. Así lo quería y para eso sólo había trabajado el Bautista, para llevar a todos al Mesías.

59. SE RETIRA JESÚS DE JUDEA A GALILEA

(J. 4, 1-3; Mc. 1, 14; Mt. 4, 2)

Cuando Jesús supo por una parte que Juan había sido entregado y por otra que los fariseos habían llegado a oír que él atraía y bautizaba más discípulos que Juan, abandonó la Judea, y volvióse de nuevo a Galilea.

Aunque Jesús lo sabía todo sin que se le informase, y antes de que viniesen los sucesos a enseñarle, pero de ordinario no quería servirse de su ciencia divina, sino gobernarse por la humana, por lo que naturalmente se podía saber y conocer.

Así, pues, cuando fué San Juan preso por Herodes conoció Jesús que los fariseos no eran extraños a aquella maldad, sino todo lo contrario, como que quizás fueron ellos los que le entregaron a Herodes. Conoció además que si a Juan le odiaban y perseguían, mucho más le habían de odiar y perseguir a él, sobre todo teniendo noticia de que él atraía y bautizaba más discípulos.

A menos, pues, que quisiese poner en juego medios extraordinarios y milagrosos, y eso no lo quería de ordinario, corría mucho peligro de caer preso y aun de ser muerto, si no salía de aquella tierra, de la región de los judíos, y aun del reinado de Herodes. Determinó, pues, salir y escogió la Galilea por apartada de la Judea, y de la Galilea eligió una región que estaba fuera del poder de Herodes.

Tres caminos conducían de Judea a Galilea, el uno por

la costa del mar era muy largo. El otro por la ribera izquierda del Jordán atravesaba por la Perea. En fin, el otro era más corto y agradable, pero pasaba por Samaría; y acaso por esta causa no siempre era elegido por los judíos.

Era irreconciliable la enemistad que se profesaban mutuamente los judíos y samaritanos. Fuera de los arcáicos resentimientos del tiempo de la escisión de las diez tribus en tiempo de Roboam, más recientes, aunque también antiguas tenían otras causas. En tiempo de la conquista por Sargón fuera de unos pocos israelitas que en el país quedaron, la región se repobló con tribus asirias venidas de Cuta y otras partes interiores de Asiria. En vano estos extranjeros se pasaron a la ley de Moisés. Jamás los miraron con buenos ojos los legítimos israelitas.

Después cuando se reedificó el templo a la vuelta del cautiverio, los samaritanos ofrecieron su concurso. Fueron despreciados, y ellos en venganza se opusieron a la reedificación a viva fuerza.

En tiempo de Alejandro Magno, Manasés sacerdote, que se casó con una hija del jefe de los samaritanos, obtuvo el permiso de edificar un templo en Garizim, monte de Samaría, el cual había de ser remedo y rival del templo de Jerusalén hasta que lo destruyó Juan Hircano. Con esto lejos de cesar la división, aumentó el odio. No perdían los samaritanos ocasión ninguna de burlarse y ridiculizar y molestar a los judíos y reirse del culto verdadero.

Por lo demás su religión era, sí, la de Moisés, pero mezclada con muchas supersticiones, y de los libros sagrados sólo admitían el Pentateuco, y ese escrito en sus caracteres samaritanos. Todavía hoy lo guardan y enseñan, cuando ya su raza va desapareciendo, pues no llega en nuestros días a doscientos el número de toda su gente.

Era, pues, una aventura pasar por Samaría un judío, y el que pasaba se exponía a lances muy desagradables y a molestias muy fastidiosas, pues no podía esperar hospitalidad de aquel pueblo que lo detestaba.

Mas Jesús, dice San Juan, «tenía que pasar por Samaría». Da a entender que si no le hubiese sido necesario no hubiera tomado este camino, y ya veremos al hablar de la Cananea y en algún otro sitio, por qué no hubiera querido

ir por él. Esta vez fué por necesidad. Debía estar predicando y bautizando por los confines de Samaría, acaso cerca de San Juan, cuando le llegó la noticia de que el Bautista había sido preso, y tal vez de que los fariseos buscaban ocasión de hacer lo mismo con él. Nada más fácil para evadir sus intentos que pasar a otra jurisdicción y entrarse en Samaría. Por allí podría seguir más breve y fácilmente a Galilea adonde iba a dirigirse. Y así lo hizo.

Además había otra razón más santa. Tenía que pasar por Samaría, porque ya su providencia había escogido una oveja perdida de aquel pueblo, que a pesar de sus heterodoxias, no dejaba de ser algo suyo, y quería echar los cimientos de las futuras conversiones que habían de hacer sus discípulos.

Fué, pues, por Samaría a Galilea.

60. LA SAMARITANA

(J. 4, 4-42)

«Y llegó a una ciudad que se llama Sicar, junto a una heredad que dió Jacob a José su hijo. Estaba allí la fuente de Jacob».

Era este un pozo que Jacob, para evitar altercados con otros pastores, aunque allí había muchas fuentes en muchos sitios, se había edificado para sí, profundo, de agua rica, y muy apreciada además por la venerabilidad del que lo había construido.

Todavía hoy se conserva, cubierto de una medio arruinada bóveda, de unos 24 metros de profundidad, pudiéndose alcanzar el agua en los buenos tiempos a los 18 metros. Todo el fondo está lleno de piedras que los peregrinos suelen arrojar para ver si hay agua.

Allá se dirigía el Señor. Era hacia fines de Abril o principios de Mayo, cuando los segadores se aprestan para el trabajo. El sol lucía espléndido y tostaba los campos. Las mieses blanqueaban por toda la fértil campiña. A cosa del mediodía llegó Jesús al pozo y quedóse en él a descansar, mientras sus discípulos iban a la ciudad a comprar algo de comer.

«Estaba, pues, sentado sencillamente junto a la fuente.

Eran poco más o menos las doce cuando llegó una mujer Samaritana a sacar agua.

«Díjole Jesús:— Dame de beber.

»Le respondió la Samaritana:—¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer Samaritana?»

»Le respondió Jesús diciendo: Si tú conocieses el don de Dios y quién es el que te dice, dame de beber, tú tal vez le pedirías a él, y él te daría agua viva».

Aludía sin duda Jesús al don de la gracia que él quería darle y por eso rápidamente mudó la conversación a este terreno.

«Díjole la mujer:— Señor, si no tienes balde, y el pozo es muy hondo, de dónde tienes tú agua y agua viva? acaso tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dió el pozo y del pozo bebió él y sus hijos y sus ganados?»

Es de notar cómo ya le trata con respeto y le llama Señor la misma que al principio tan despreciativamente le trataba. Por lo demás la pobre mujer entendía materialmente lo que Jesucristo le dijo. Pero Jesús comenzaba a elevar su pensamiento hacia más elevadas ideas que las materiales de este mundo, y le respondió y dijo:

«— Todo el que beba de esta agua tendrá de nuevo sed. Pero el que beba del agua que le daré yo, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en el agua de agua que brota para vida eterna».

Entendió la Samaritana las palabras de Cristo del agua de esta vida y debió parecerle preciosa aquella agua que bebida una vez quitaba la sed para siempre, antes se convertía en el seno del que la bebía en un manantial que brotaba capaz de dar, no vida pasajera y de poco tiempo, sino satisfacción inextinguible y vida perpetua. Con viveza mujeril se apresuró, pues, la Samaritana y dijo:

«— Señor, dame esa agua para que no tenga más sed, ni haga más viajes acá a sacar agua.

»Le respondió Jesús.— Vete, llama a tu marido y vuelve acá.

»Le respondió la mujer y le dijo:— Yo no tengo marido.

»Y le dijo Jesús:— Bien dices, no tengo marido. Porque has tenido cinco maridos, pero el que ahora tienes no es marido tuyo. En eso dices verdad»

Pasmada debió quedar la Samaritana al ver que aquel desconocido conocía toda su historia y sabía sus secretos, y le dijo sorprendida:

«—Señor, veo que tú eres profeta».

Y luego, parte porque, aunque pecadora, tenía fe y curiosidad de lo que por aquel tiempo andaba en boca de todos acerca de la próxima venida y aparición del Mesías, parte también por deseo de cambiar una conversación que por fuerza le debía ser humillante, dió un corte y dijo:

«—Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que está en Jerusalén el sitio en que se debe adorar».

Conveníale a Jesucristo seguir por este camino la conversación y dijo:

«—Créeme, mujer, se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación ha de venir de los Judíos. Pero se acerca y casi es ya la hora en que los verdaderos adoradores adoren al Padre en espíritu y verdad. Porque tales son los adoradores que busca el Padre. Dios es espíritu y los que le adoran deben adorarle en espíritu y verdad».

En esta respuesta Jesús casi prescinde de la pregunta de la Samaritana acerca de cuál de los dos sitios de culto era más legítimo, el templo de Jerusalén o el templo de Garizim, y le da noticia más completa que la que ella pedía de todas las cosas.

Dícele en primer lugar que acerca de la comparación entre los judíos y los samaritanos, los judíos tienen más razón, ya que por una parte saben lo que adoran y lo que esperan, puesto que tienen toda la Escritura y ella incorrupta, al paso que los samaritanos no saben lo que adoran y esperan, pues no teniendo más que el Pentateuco no conocen muchas profecías venidas después, sino que apartados de la tradición han admitido muchas ideas falsas y espúreas.

Además la salvación, el Salvador ha de venir de los judíos, de David, de la tribu de Judá, no de los samaritanos. Pero insiste poco en esta idea, y no dice directamente, aunque lo indica bien claro, que es Jerusalén y no el monte Garizim donde se ha de adorar.

Y es que quiere llamar la atención a otro punto mucho más importante, que en breve haría inútil esta cuestión. Por lo cual insiste en que sobre todo se debe adorar al Padre no con aquel espíritu farisáico con que entonces se le adoraba por muchos en Israel, consistente en meras fórmulas exteriores y ritos hipócritas sin espíritu interior, sino con espíritu y verdad; y no ya solo en un monte, sea Garizim, sea Jerusalén, sino en todo el mundo donde haya espíritu y verdad.

Claro que no por exigir que se adore en espíritu y verdad excluye el culto exterior, antes al contrario él mismo lo había de imponer en su Iglesia, dignísimo y magnífico y riquísimo en santas ceremonias que ayudasen al espíritu.

«Dijole la mujer:—Ya se que viene el Mesías. El que llaman Cristo. Cuando él venga nos enseñará todo».

Tal vez la mujer encontró algo sublime lo que Jesucristo le dijera, y concedora sin duda de lo que se decía del Bautista y de si había o no venido el Mesías, salióse de su perplejidad diciendo: En fin, ya dicen que viene pronto el Mesías, ese nos dirá todo.

Entonces le dijo Jesús solemnemente:

«—Yo lo soy, el mismo que hablo contigo».

Precisamente entonces llegaban sus discípulos de la ciudad y quedaron maravillados al ver que su Maestro estaba hablando con una mujer. Era entre los Rabinos o Maestros de Israel considerado como indigno el ponerse ellos a hablar a una mujer en público, ni enseñarles la explicación de la ley. Ni aun con su propia esposa querían conversar en público. Más vale, decían, quemar la ley que perder tiempo en explicarla a una mujer. Un rabino no debe jamás conversar públicamente con una mujer. Pero Jesús a quien lo mismo era estimable el alma de una mujer que la de un hombre y que vino a enseñar su doctrina a todas las gentes, prescindía de tan insensatos prejuicios rabínicos. Mas esto no quita que sus discípulos se extrañasen de lo que veían.

«Sin embargo ninguno dijo: ¿qué estás buscando? ni por qué hablas con ella?»

En cuanto a la Samaritana apenas oyó que Jesús le dijo

que él era el Mesías, estupefacta, y creyéndolo sin duda ninguna, «dejó su cántaro y se fué a la villa y dice a los hombres:

«—Corred, ved un hombre que me ha acertado todo lo que he hecho. ¿No será este el Cristo?

»Salieron de la villa y vinieron a él.

Entretanto los discípulos le urgían diciéndole:—Maestro, come.

»Pero él les dijo:—Yo tengo para comer una comida que vosotros no sabéis.

»Dijéronse los discípulos unos a otros:—Si le habrá traído alguno la comida...

»Dijoles Jesús:—Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y llevar a cabo su plan».

Y pasando al suceso que estaba pendiente de la Samaritana, y aludiendo a algún proverbio o cantar que debía decirse al tiempo de la siembra, les dijo:

»—¿No soléis decir vosotros: *De aquí a cuatro meses viene la siega?* Pues escuchad lo que os digo, levantad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega, ya el segador cobra jornal y recoge fruto para vida eterna. Para que se alegre a una el sembrador y el segador, porque en esto sí que es verdadero el refrán, en que *uno es el que siembra y otro es el que siega*. Yo os he enviado a segar lo que vosotros no habéis trabajado. Otros han trabajado y vosotros habéis entrado en sus trabajos...»

Tal vez había algún refrán o canto en que se decía y trataba este punto, de cómo el que siembra no sabe si recogerá lo que siembra, pues aún debe pasar tiempo antes de la siega. Y uno suele ser el que siembra y otro muchas veces el que siega y recoge el fruto de lo que él no ha trabajado. Y dice Jesús:

Eso que decís *de aquí a cuatro meses viene la siega*, aquí no tiene lugar, porque hoy hemos sembrado y hoy vamos a recoger; ved sino a los samaritanos que vienen ya convertidos. Aquí se alegra el sembrador y el segador.

En lo que es verdadera la canción o refrán es en lo otro *uno es el que siembra y otro es el que siega*, que es lo que yo hago con vosotros, porque hasta ahora vosotros, bautizáis y recogéis a aquellos a quienes han convertido otros

que vosotros, es decir, yo con mi predicación, el Bautista con la suya y los profetas con sus exhortaciones.

Venían ya los samaritanos en tropel a conocer al que les había anunciado la mujer. Y ya «muchos samaritanos de aquella villa creían en Jesús por el testimonio que les había dado la mujer, de que le había acertado cuanto había hecho. Pero cuando llegaron a él le rogaron se quedase con ellos. Y se quedó por dos días, y creyeron muchos más por su conversación. Y luego decían a la mujer:

«—Ya no creemos por tus palabras, sino que nosotros mismos hemos oído y conocido que este es verdaderamente el Salvador del mundo».

¡Salvador del mundo! los samaritanos fueron los primeros en darle este amplísimo título de Salvador, no ya de solo Israel, como se figuraban los judíos, sino del mundo entero. Allí se oyó por primera vez que sepamos esta dulcísima palabra que nos es tan común y familiar a los cristianos y que resume toda la revelación de la misión de Cristo, que venía a dar la salud y redención no solo a un pueblo escogido, sino a todas las naciones, según las profecías.

«He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo», dijo el Bautista.

«Este es verdaderamente el Salvador del mundo», dijeron los Samaritanos.

61. ENTRADA EN GALILEA

(J. 4, 43-45)

Pasaron dos días en Samaría, y sin duda no los perdieron, pues fué grande el fruto que segaron de aquella mies, que no en cuatro meses sino en un día maduró tan hermosamente, dando gozo a Jesús que la sembró y a los discípulos que la segaron; y Jesús siguió su camino a Galilea adonde como dice San Lucas le impelía la fuerza del Espíritu Santo.

Galilea, más aún que Judea, así como fué su retiro en la infancia, iba a ser el centro de su apostolado y de su evangelización.

Era Galilea la región septentrional de Palestina, al norte de Samaría. Comprendía cuatro tribus de Israel, y se divi-

día en alta y baja, montañosa la primera y extendida en valles la segunda. Situada al pie del Líbano fertilizase de sus riegos que descienden por las laderas o se filtran en muchas y abundantes fuentes de agua pura.

Fértil es el suelo sobre todos los suelos de Palestina, dulce el clima, hermosa la naturaleza, fecunda la tierra. «Más fácil es, dice el Talmud, levantar un ejército de olivos en Galilea que criar un niño en Judea». Ni solo el olivo, sino el limón, el granado, el naranjo, la higuera, el almendro, el sicomoro, el terebinto, la palma, mil árboles de fruta, de esencias y de flores la adornaban por doquiera. El trigo, el arroz, la caña dulce, no tanto el viñedo, la tapizaban por todas partes. Bosques, campos, praderas, jardines, lagos, villas, le prestaban amenidad y hermosura.

El lago de Tiberiades y el Jordán lo limitaban por el Oriente y le prestaban pesca abundante y facilidad para el comercio. Todo estaba lleno de villas, y surcado en todas direcciones de caminos, poblado de muchos habitantes y lleno de movimiento y animación. Las bendiciones de Jacob y de Moisés parecían florecer en aquella tierra.

Sus habitantes contrastaban con los judíos. Nada de aquella rigidez y prejuicio, arrogancia y exclusivismo del judío. Nada de aquella doblez, traición y falsía. El Galileo era abierto, franco, dulce, caritativo, buen corazón, ánimo valiente, espíritu arrojado.

Pero así como la Galilea al mismo tiempo que fértil es volcánica, así el Galileo al mismo tiempo que dulce era vehemente y apasionado, y cuando llegaba la ocasión bulente, y aun sedicioso y rebelde. No tenía tantas exterioridades como el judío en religión, pero era más religioso y observante que él.

Un discípulo tuvo Jesús de Judea, y los demás de Galilea. Comparadlos. El judío era Judas Iscariote, hijo de Keriot. ¡Mala ralea! el peor de los hombres que ha existido!

Allá dirigía, pues, Jesús sus pasos. Y dice San Juan que salió de Judea, entre otras cosas por aquello que él mismo dijo (después lo veremos) en Nazaret, que el profeta no es honrado en su patria. En Judea había nacido Jesús, pero los judíos lo recibieron bien mal.

En cambio cuando entró en Galilea, le recibieron los

Galileos llenos de gozo, «porque habían visto lo que había hecho en Jerusalén en la fiesta; pues que también ellos habían ido a la fiesta de la pascua». Acababan casi de venir de allá, donde habían visto a su amigo, paisano y conocido, predicar, llamar la atención, purgar el templo, y hacer portentos y milagros. Estarían naturalmente orgullosos por una parte, y por otra curiosos de verle hacer en su patria algunas maravillas.

62. CURACIÓN DEL HIJO DEL RÉGULO

(J. 4. 45-54)

Dirigióse primero a Caná de Galilea, y aunque su término no había de ser éste, sino Cafarnaúm, detúvose, sin embargo en Caná, donde tenía amigos, por lo menos los de las famosas bodas, que de seguro le impedirían pasar adelante sin detenerse uno o más días con ellos. Y estando allí se le presentó en persona un régulo de Cafarnaúm, que tenía un hijo enfermo. Oficial de Herodes o reyezuelo de Cafarnaúm protegido por los romanos, era éste un personaje distinguido en la tierra. Y «habiendo oído que Jesús había venido de Judea a Galilea, vino a verle y le rogaba que bajase a Cafarnaúm y sanase su hijo, porque estaba agonizando».

Debió al oír esto Jesús notar en la gente demasiada curiosidad de ver algún milagro, y que tal vez se lo pedían con algazara y poca reverencia, como suele suceder en estos casos, porque le dijo:

«—Vosotros, si no veis prodigios, no creéis.

Sin hacer caso de la reprensión el magnate, y acordándose sólo de que su hijo agonizaba, dábale prisa y le decía:

«—Señor, baja antes que muera mi hijito».

«Dijole Jesús:—Vete, tu hijo vive.

»Creyó el magnate aquellas palabras que le dijo Jesús y echó a andar, y cuando iba adelantando, le salieron al encuentro sus criados y le dieron la noticia de que su niño vivía.

»Informóse de la hora en que empezó a aliviarse y le dijeron: ayer a las siete le cesó la fiebre. Y conoció el padre que era la misma hora en que Jesús le dijo: vive tu hijo.

»Y creyó él y toda su casa. Este milagro al volver de Judea fué el segundo que hizo en Galilea».

Milagro notable, pues lo hizo estando ausente y a distancia de cuarenta kilómetros que hay de Caná a Cafarnaúm. Milagro también muy oportuno, pues con él daba principio a la predicación del Evangelio en Galilea, que por cierto tendrá por centro precisamente a Cafarnaúm de donde era la familia del régulo, que quizás allí mandaba.

63. EL PROFETA EN SU PATRIA

(L. 4, 14-31; Mt. 4, 12-16; Mc. 1, 14-15)

De Caná bajó Jesucristo a Cafarnaúm, pero antes de establecerse allí, como había de hacerlo pronto, recorrió guiado por la virtud del Espíritu Santo las aldeas de aquella región muy poblada de habitantes sencillos y religiosos y abuntables como pocas en sinagogas. En todas ellas fué predicando su nueva doctrina. Cuando le oían, todos se hacían lenguas de él; de manera que en breve su fama se extendió por todo el país.

Por fuerza que en sus correrías más de una vez le saldría al camino y al deseo, su segunda patria, la aldea sonriente de su juventud, Nazaret, en la que había crecido y donde tenía aún muchos paisanos, amigos y parientes, que deseaban verle y oírle, y hasta le llamarían allá con insistencia.

«Fué, pues, a Nazaret, donde se había educado, y como en otras partes acostumbraba, el sábado entró en la sinagoga».

Era para los judíos la sinagoga, algo así como la iglesia o la parroquia para nosotros. No era templo, pues los judíos no tenían más templo que el de Jerusalén. Pero como su mismo nombre lo significa, era el sitio de *reunión* para rezar y para escuchar la explicación de las Sagradas Escrituras, así como nosotros escuchamos las pláticas y los sermones. De ordinario era un gran salón, más o menos vasto y lujoso. Donde nosotros tenemos el altar mayor y el presbiterio, ellos tenían un sitio distinguido también y elevado por algunas gradas. En una arqueta o armario guardábanse con veneración los libros de la Sagrada Escri-

tura, ante la cual en señal de respeto ardía, como ante nuestros tabernáculos, constantemente una lámpara. A los lados en este presbiterio solían sentarse las personas más distinguidas, los ancianos, los doctores, los escribas y los ministros.

Pobre y miserable había de ser el pueblo que no tuviese una sinagoga. Donde hubiese diez personas bastante acomodadas para edificarla, había una. Las poblaciones más importantes tenían muchas más. En Jerusalén, además del templo, había más de cuatrocientas.

Las reuniones solían celebrarse todos los sábados sin falta y con frecuencia los lunes y jueves. En ellas se rezaban ante todo las oraciones. Luego se leía una *parasja*, es decir, un *párrafo* de la Ley, de los libros de Moisés, y luego otro de los Profetas, que por ser el último de la reunión se llama *haftara* o despedida. Algunos de los doctores traducían y explicaba en alguna plática familiar estas lecturas a los asistentes. Mas no era necesario para dirigir la palabra ser sacerdote, ni siquiera rabino; sino que cualquier persona instruída que se atreviese a hablar podía o ser invitada a ello, o, aun sin ser invitada, pedir al presidente el permiso de hablar.

Era, pues, un sábado, y por tanto día de fiesta, y Jesús llegó a Nazaret y entró según su costumbre en la sinagoga. Sentóse con todos en los bancos. Pero terminadas las oraciones levantóse de su asiento y subió al tablado a hacer la lectura.

Extraordinaria debió ser la conmoción y la curiosidad cuando los nazarenos vieron a su paisano e igual, de quien tantas cosas les habían dicho, pero a quien habían conocido carpintero, sin otro estudio que el del martillo y de la sierra, levantarse para dirigirles la palabra desde aquel sitio venerable, propio de los instruídos y de los doctores... ¿Cómo se las iba a arreglar?

El *hasán*, o ministro, que como nuestros sacristanes, servían en la sinagoga, le entregó el libro que entonces tocaba explicar, que era precisamente el de las profecías de Isaías. Eran entonces los libros, no como los nuestros, serie de hojas plegadas, sino rollos de hojas de papiro o de pergamino o de cuero adobado, las cuales se unían una a